

ANA MARÍA GISPERT-SAUCH DE BORRELL

***SOBRE LA IMPORTANCIA DE LAS LENGUAS CLÁSICAS
(LATÍN Y GRIEGO)***¹

Cada cierto tiempo, como oleadas cíclicas, se plantean en los ambientes universitarios de las carreras de humanidades dudas e interrogantes sobre la utilidad del aprendizaje de las lenguas clásicas, concretamente del latín y griego, llamadas comúnmente lenguas muertas, aunque ellas realmente perviven en nuestro idioma, nuestra cultura, nuestros valores, y nuestra manera de ser y pensar.

No cambian las lenguas muertas. El latín es una lengua muerta, y también lo es el griego. Lo que hablan actualmente en Grecia difiere demasiado del griego clásico de Demóstenes o Jenofonte; mucho más del de Homero. Como difiere el castellano utilizado en el "Cantar del Mio Cid" del que se habla hoy en Lima, Madrid o Buenos Aires.

Ahora bien, si esas lenguas han muerto, -podríamos decir- descansan en paz, dejémoslas bien sepultas y ocupémonos de otra cosa. Y, efectivamente, no sabemos de ningún movimiento que se proponga resucitar el latín, ni siquiera en Italia, como sí resucitaron la lengua hebrea los judíos, que hace 50 años se establecieron de nuevo en territorio palestino y fundaron el estado de Israel.

Personalmente coincido con los que piensan que una lengua muerta no debe ser hablada: no debe ser hablada, pero sí interpretada. El latín fue durante un tiempo largo la lengua del imperio. Desde hace pocos años intenta serlo el inglés; durante siglo y medio, en nuestras latitudes, lo fue el runasimi. En otro momento histórico y

¹ La presente nota, es una versión escrita de la exposición realizada por la Dra. Gispert en las Jornadas Curriculares del Departamento de Lingüística de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM (Lima, diciembre de 1999).

otros lugares, lo fue el ruso. La lengua latina se expandió y profundizó demasiado y, una vez que dejó de ser la moneda corriente de los intercambios intervecinales, durante mucho tiempo continuó siendo la lengua en cuyas bodegas navegaba la cultura.

No faltará quién diga que actualmente la cultura es transportada en barcos de bandera norteamericana, por lo que actualmente no es útil aprender latín, sino inglés. Yo estoy muy de acuerdo en que debemos estudiar la lengua del actual imperio (en definitiva, todo se traduce en dólares), pero antes debemos dominar nuestra propia lengua. Y resulta que, desde que comenzamos a hablar en ella, no podemos abrir la boca sin apelar al griego y al latín, tal como no le es posible hacerlo a un hindú sin evocar el sánscrito y a un búlgaro, el eslavo.

Quien se inicia en el latín y el griego, habla y escribe mejor el idioma castellano. No dirá, por ejemplo, que “se tejen o barajan distintas especulaciones sobre el futuro del país”; no sólo porque es muy difícil barajar o tejer esas cosas, sino porque sabrá que “especular” es hacer algo muy distinto de suponer, presumir o barruntar; ni comentará que “la selección peruana entrenó ayer”, ya que será consciente de que el único que entrena es el entrenador, el cual es en realidad el único que entrenó a los jugadores de dicha selección. Hablo en la Universidad decana de América, donde se han realizado y se realizan múltiples investigaciones, a las que se exige -con evidente razón- rigor científico. Enérgicamente exijamos este mismo rigor científico en el uso de las palabras. Hay que reconocer que maltratamos actualmente esta herramienta fundamental, que es nuestra lengua, en las aulas y en los textos de las tesis.

Si yo hago uso de una máquina frecuentemente, conviene que conozca básicamente su estructura de modo que pueda manejarla correctamente y así obtener mejores resultados. Pues bien, los humanos utilizamos las palabras todos los días y con múltiples fines. Sólo cuando hemos adquirido conocimientos elementales del griego y el latín, logramos -además de satisfacer la curiosidad natural propia de toda persona culta- precisar el significado de la mayor parte

de las palabras castellanas que empleamos en la comunicación cotidiana, diferenciar sus matices, formar correctamente las voces derivadas y compuestas, expresar certeramente conceptos, sea cual fuese el campo de nuestro discurso, abrir puertas que conduzcan a otros panoramas lingüísticos; en fin, éstas y otras ventajas ayudan a mejorar la calidad de vida de quienes acuden a las raíces de nuestra lengua materna.

No engañemos a los alumnos ni nos engañemos a nosotros mismos: todos nosotros pertenecemos a una porción cultural de la humanidad, sólo a una porción, nada más. Nuestro magma cultural pertenece a ese sector (ese “huso”, para hablar geométricamente, ya que nos movemos sobre una esfera) que nos empeñamos en denominar “occidente”. (Personalmente, soy de las que combaten esa denominación por considerarla arbitraria: “occidente” con respecto ¿a qué? Para nosotros, los chinos son occidentales y Europa está al oriente...). Somos ciudadanos del mundo, pero no comemos de todas las cocinas del mismo, ni nos cubrimos con todos los vestidos; nuestros habitáculos no están laqueados como en la China, no habitamos en iglúes, no bailamos como el pueblo ruso; lo que es más determinante: hemos heredado, además del arpa y el silogismo, algunas utopías, mitos y explicaciones. Nuestros referentes filosóficos hay que buscarlos en la Jonia y la Palestina. Cuando en nuestras universidades pretendemos enseñar filosofía, debemos reconocer modestamente que sólo nos asomamos a unas líneas de pensamiento, las que provienen de Grecia y, a través de varios grupos sociales europeos, desembocaron en América.

Conforme con esta actitud de humildad, debemos reconocer que nuestras raíces se encuentran -hundidas y profundas, pero se encuentran- en los suelos mediterráneos de Grecia y Roma. Son lugares e historias lejanas, es verdad. ¿Por qué no cavar en busca de nuestras raíces en los suelos maya o chimú, en los altiplanos andinos? La historia no es una realidad manejable a voluntad, y nos ha conducido hasta encontrarnos este día, vestidos a la europea, entre paredes de cemento, en un espacio o “campus” que llamamos “universitas”,

“alma mater”, y comunicándonos en una lengua importada desde Castilla. Podría haber sido de otra manera, pero no lo ha sido.

Algunas reflexiones de Hegel

El 29 de setiembre de 1809, el rector del Gymnasium de Nüremberg pronunciaba su discurso de orden en el acto de clausura escolar. Este rector era Federico Hegel. Sus palabras son de veras impresionantes y resultan un auténtico argumento de autoridad para avalar lo que hoy tratamos de decir aquí. Me permito entresacar algunos párrafos del discurso del rector Hegel, quien tenía entonces 39 años.

“El espíritu y el propósito de nuestra institución es la preparación para los estudios de aprendizaje, una preparación que tiene sus basamentos en Grecia y Roma...”

“Lo mismo que Anteo renovaba sus energías en el contacto con la madre tierra, del mismo modo los ímpetus renovados y la revigorización de la ciencia y el aprendizaje han surgido a la luz del día a partir del retorno a la antigüedad...”

Confieso que he quedado sorprendida al leer estas frases. Fueron dichas por un alemán, cuya lengua –si bien es indoeuropea– no deriva del itálico ni el helénico, sino del germánico.

Y prosigue Hegel: (con la reorganización educativa del gobierno bávaro) “el estudio de las lenguas antiguas queda ahora consolidado como la base fundamental del aprendizaje escolar...”

“El fundamento de los estudios superiores debe siempre ser en primer lugar la literatura griega; en segundo lugar, la latina”... “Creo no exagerar demasiado cuando afirmo que quien no conoció las obras de los antiguos no sabe realmente lo que es la belleza”... “Las obras de los antiguos vienen a ser el alimento más noble en la forma más noble: manzanas de oro en recipientes de plata. Ellas son incomparablemente más ricas que las obras de cualquier otra nación de cualquier otra época.”

Una vez hechas estas inesperadas declaraciones, Hegel pasa a hacer la apología de la lectura directa en el idioma original, es decir, el griego y el latín. “Las traducciones –dice– son como las

rosas artificiales”, incapaces de transmitir los atributos que son exclusivos de los seres vivos. “El lenguaje –dice- es como el elemento musical”. Para Hegel, acercarse a las obras literarias de la antigüedad mediante traducciones, es como beber vino del Rhin que ya perdió su sabor.

Según Hegel, nunca se exagerará demasiado la importancia de los estudios gramaticales. La razón que aduce es que ellos constituyen el principio del razonamiento lógico. La gramática -afirma- contiene las categorías y los conceptos que necesitamos para aprender a pensar. Por esto resulta sumamente útil para la niñez y la juventud, la que capta con toda facilidad sus elementos. Sus abstracciones son muy simples; vienen a ser como las letras, o más bien las vocales del acervo intelectual. “Hay que comenzar por ellas para conseguir, primero, deletrear y luego, leer el lenguaje de la mente”.

“La terminología gramatical nos enseña a movernos por el mundo de las abstracciones, por lo que su estudio debe considerarse como una introducción a la filosofía. Por eso, la gramática debe considerarse no sólo como un medio, sino como un fin, en las clases de latín y también de alemán”.

“El aprendizaje gramatical de las lenguas antiguas obliga a realizar una actividad racional continua y sostenida. En el uso de nuestra lengua materna, el hábito nos guía para hablar gramaticalmente”. Cuando nos enfrentamos, en cambio, con una lengua antigua –razona Hegel– hemos de echar mano del entendimiento para combinar los elementos conforme a unas reglas preestablecidas. “Hay que trabajar continuamente para subsumir lo particular bajo lo general y hacer específico lo general, de modo que ocupe su propio espacio. El estricto estudio de la gramática resulta, pues, una de las formas más nobles y universales para una educación intelectual.”

Sobre nuestra experiencia pedagógica

Después de este preámbulo, quiero pasar ahora al plano de la experiencia pedagógica.

¿Cómo transmitir a los estudiantes de lingüística, filosofía, literatura o comunicación, los elementos básicos para que puedan *saber* y *saborear* (que etimológicamente es lo mismo) las lenguas clásicas? La larga experiencia en escuelas superiores o universidades nos muestra que mínimamente se requieren dos ciclos básicos (ojalá que fuesen de un año escolar y no de cuatro meses, como son nuestros semestres), para poder tener un reconocimiento fluido de las palabras y sus categorías morfológico-sintácticas (declinaciones, casos, funciones, tiempos, voces, etcétera), y por lo menos dos más para poder traducir los autores clásicos.

Aprender a interpretar latín o griego no es como aprender a hablar una lengua viva, donde la colectividad hablante nos envuelve y nos sumerge inexorablemente en su estructura. En el estudio de las lenguas clásicas no hay murmullo, ni tonos de voz, ni gestos que vengan en nuestro auxilio. Simplemente ante un texto escrito tratamos humilde y respetuosamente de libar su sentido más profundo, su néctar, y de convertirlo, transportarlo (eso es lo que significa traducir) a nuestra propia lengua.

Yo propongo que, además de dos ciclos básicos obligatorios de griego y latín, se ofrezca a los alumnos de Lingüística un curso de etimologías greco-latinas, como soporte para su aprendizaje específico lingüístico.

En la carrera de filosofía, creo que igualmente deben estudiarse las dos lenguas clásicas, latín y griego, las que darían soporte al estudio de la filosofía antigua, medieval y moderna.

También propongo que los alumnos/as de literatura sean iniciados en los rudimentos de las lenguas clásicas, ligadas al estudio de los grandes autores de la literatura greco-latina, padres nutrientes de las literaturas posteriores.

Para los alumnos de Ciencias de la Comunicación propongo que, por lo menos, haya un curso de etimologías greco-latinas, el cual les permitiría captar el valor original de las palabras y les prepararía para el uso adecuado de los neologismos y de la terminología de uso cotidiano.

Quizás mis propuestas les parezcan exageradas. Confío en que, si reflexionan sobre ellas, reconocerán que no lo son. Alguien tal vez diga: “es imposible; no se pueden hacer cambios con tanta facilidad”. Lo admito, pero eso no impide que miremos hacia un horizonte y lo defendamos. No olvidemos lo expresado por Raúl Porras Barrenechea: “el curso de latinidad fue obligatorio en San Marcos por cerca de cuatrocientos años, lamentablemente suprimido a inicios del presente” (1951) (Discurso pronunciado en el primer encuentro de peruanistas, celebrado con ocasión del IV Centenario de la fundación de San Marcos, mayo 1951).

Las dificultades del presente no deben oscurecer el futuro que proyectamos. Aspiremos a la excelencia universitaria. Nuestra calidad de docencia es nuestro mejor servicio a la sociedad. Los universitarios nos lo agradecerán.